

LA NOVELA DE POSGUERRA (AÑOS 40-50 DEL SIGLO XX)

1. Situación socio-económica y cultural tras la guerra civil (1936-1939).

La guerra civil provoca un corte muy profundo con la tradición anterior: quedan rotas o abandonadas las tendencias renovadoras y experimentales impulsadas por Baroja, Unamuno, Azorín o Valle-Inclán. Parece como si la novela de posguerra entroncara con el realismo del XIX, tendencia que ya se había manifestado en los años inmediatos de pre-guerra (Ramón J. Sender), pero cuyos frutos habían desaparecido de la circulación por causa de la censura.

Una serie de datos nos ayudan a configurar este panorama:

- Aislamiento cultural.
- Falta de autores importantes (muertos o en el exilio).
- Censura política y religiosa.
- Auge de las traducciones para llenar el hueco editorial.
- Novela comercial de evasión o de propaganda franquista. Por ejemplo, García Serrano escribe *La fiel infantería* (1943), exaltación de los vencedores en la guerra.

La novela de este período suele dividirse en dos grandes etapas:

- Realismo tremendista (años 40).
- Realismo social (años 50).

2. La narrativa española de los 40: el realismo tremendista.

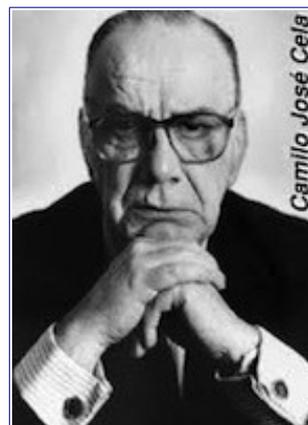
Aunque, con relación al periodo de guerra, se amplían los temas tratados, nos encontramos ante un período de desorientación. Si por estos años la vida cultural oficial está cargada de notas triunfalistas, de deseos de evasión (en el teatro, principalmente) y de retornos al formalismo clásico (poesía), pronto aparecerá una literatura inquietante y hasta cargada de angustia: una poesía desarraigada (Blas de Otero, Gabriel Celaya) y novelas "tremendistas" como *La Familia de Pascual Duarte* de Cela (1942) o *Nada* de Carmen Laforet (1945). En esta línea, domina un enfoque existencialista que suele ser producto de las posguerras.



Sin embargo, tras el malestar vital, tras las angustias personales, percibimos unas raíces sociales concretas, aun cuando los autores no tuvieran intención social patente, cosa que tampoco permitía la censura.

Esta época viene marcada por la desorientación, los múltiples tanteos (realismo barojiano, novela psicológica, heroica, poética, simbólica...) en busca de un cauce por el que pueda transcurrir una literatura acorde con los momentos que se viven. La desorientación es aún mayor si recordamos la desconexión con el pasado inmediatamente anterior: se prohíben las obras sociales anteriores a 1939, se desconocen las obras de los múltiples escritores exiliados; la novela deshumanizada está muy lejos de los dramáticos momentos que se viven... Parece que sólo Baroja conecta con las preocupaciones de estos autores.

Camilo José Cela, con *La familia de Pascual Duarte* (1942), agria visión de realidades míseras y brutales, inaugura el **tremendismo**, tendencia estética que selecciona los aspectos más duros y desagradables de la vida. Esta novela tuvo un enorme éxito, y la fórmula se repitió hasta el abuso: no sólo en la obra de Cela, comienzo y cumbre de la tendencia, encontramos ese desquiciamiento de la realidad en un sentido violento o esa sistemática presentación de hechos desagradables e incluso repulsivos; hubo muchos seguidores: carga tremendista, en mayor o menor grado, hay en Miguel Delibes (*La sombra del ciprés es alargada*, 1947) o Ana María Matute (*Los Abel*, 1948). Otros desvirtúan rápidamente el género. Las crueldades de la guerra civil, tan recientes, tan difíciles de olvidar, contribuyen a dicha moda. A finales de la década se aprecia un desgaste de la fórmula.



Típico de este tipo de novela será el reflejo amargo de la vida cotidiana, desde un enfoque existencial. Por eso los grandes temas son la soledad, la inadaptación, la frustración, la muerte. Abundan los personajes marginales y desarraigados, desorientados y angustiados. Todo ello revela un malestar que, en última instancia, es "social", aunque para algunos críticos no se pueda hablar de "novela social", sino "parasocial", puesto que lo que caracteriza a esta novela no son los problemas sociales en sí sino su transposición a la esfera de lo personal.

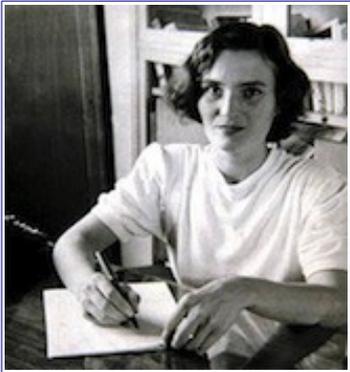
A finales de los años 40 la situación de la novela era ya un poco más esperanzadora. Pese a la guerra, el exilio, la incomunicación, la censura, la escasez de papel y la sobra de traducciones, pese a la falta de maestros-modelo y de críticos orientadores, pese al desprestigio de lo estético, el género narrativo echó a andar: surgen escritores que alcanzarán diversa fortuna; hay lectores y editores; se fomentan los premios-concursos (Premio Nadal). Al cabo de no muchos años el panorama había evolucionado claramente. La generación de los años 50 no partirá del cero absoluto.

Autores de este período

Destacamos principalmente a tres autores: Cela, Laforet y Delibes.

- Ya hemos comentado que el iniciador del tremendismo fue **Camilo José Cela** con *La familia de Pascual Duarte* (1942). Esta obra fue el gran acontecimiento novelístico de la posguerra, debido, en gran parte, al vacío existente. Se trata de un experimento violento y amargo. La novela ilustra una concepción del hombre: criatura arrastrada por la doble presión de la herencia y del medio social. Pascual es un infeliz que casi no tiene otro remedio que ser, una y otra vez, un criminal. Cela, en esta

obra, se revela ya como un hábil constructor del relato y un magistral prosista. Destaca por su manejo de los recursos lingüísticos, por el uso de léxico rural, por la fuerza de sus descripciones, por la maestría de los retratos...

- **Carmen Laforet** publicó *Nada* en 1945, su novela más interesante, que ganó el premio Nadal en su primera convocatoria. Explica la historia de una muchacha que ha ido a estudiar a Barcelona, donde vive con sus familiares en un ambiente sórdido de mezquindad, de histeria, de ilusiones fracasadas, de vacío, rodeada de personas desquiciadas por la guerra, y que al acabar el curso viaja a Madrid "sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor". Por primera vez tras la guerra, una parcela irrespirable de la realidad contemporánea, de lo cotidiano, quedaba recogida implacablemente con un estilo desnudo, de trazo firme y con un tono desesperadamente triste.
- 
- **Miguel Delibes** es considerado como el máximo representante del realismo intimista. Nos habla de tristeza y frustración en *La sombra del ciprés es alargada* (Premio Nadal, 1947), pero les opone una resignación religiosa. Es una novela con gran preocupación humano-psicológica, bellas descripciones del paisaje y estilo expresivo en los diálogos.

Otros autores destacados de este período son **Antonio de Zuzunegui**, **Rafael García Serrano**, **Gonzalo Torrente Ballester** e **Ignacio Agustí**.

3. La narrativa española de los 50: el realismo social.

Hacia 1951 la literatura española, agotado el enfoque tremendista de los 40, dio un giro a su intención y empezó a marchar por la senda del realismo objetivo. Este decenio supone un enriquecimiento de nuestro panorama novelesco. Siguen publicando autores de la época anterior (que van evolucionando) pero se producen unos hechos significativos que nos permiten hablar de nueva etapa. En 1954 coinciden cinco títulos importantes: *El fulgor y la sangre*, de Ignacio Aldecoa; *Los bravos*, de Fernández Santos; *El Trapecio de Dios*, de Ferrer-Vidal, *Juegos de manos*, de Juan Goytisolo y *Pequeño teatro*, de Ana María Matute. En 1956 aparece *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio: la corriente está consolidada. La mayoría de los críticos (así Sanz Villanueva) retrasan el inicio de esta época a 1951, año de la publicación de *La Colmena*, de Camilo José Cela, y *La noria*, de Luis Romero. También se citan como iniciadoras dos obras de Delibes: *El camino* (1950) y *Mi idolatrado hijo Sisi* (1953).

Asistimos a unos profundos intentos de renovación, favorecidos por las circunstancias históricas: progresiva incorporación de España a la órbita internacional tras el anterior aislamiento; tímida liberalización intelectual y primera apertura de diálogo con los exiliados; evolución socio-económica del país (migraciones campo-ciudad); entrada de un multitudinario turismo extranjero; posibilidad de viajar fuera y de conocer una literatura diferente...

Surge una nueva generación de narradores. Aunque entre ellos existan sustanciales diferencias, comparten unos comunes supuestos ideológicos y participan de preocupaciones temáticas y formales semejantes. Su propósito es ofrecer el testimonio de un estado social desde una conciencia ética y cívica. Además pretenden que la literatura sirva de revulsivo político (literatura como arma política), aunque son pocos los que adoptan una postura extrema y la mayoría insiste en los condicionamientos artísticos de la obra literaria.

El relato suele ser objetivista, con influencias de las técnicas cinematográficas. Se pretende, además de adoptar una nueva posición narrativa, eludir, en cierta medida, la censura. Así la literatura cumple (o pretende cumplir) también el papel de dar unas informaciones que los medios de comunicación de la época ocultan.

En cuanto a los precedentes se han señalado el neorrealismo italiano (sobre todo el cinematográfico: Vittorio de Sica —*El ladrón de bicicletas*, 1948— o el primer Visconti), algunos escritores americanos (Dos Passos, Steinbeck, Hemingway, Faulkner) y, en menor medida, el "nouveau roman" francés. Entre los españoles, los críticos han hablado de la influencia que ejercen Galdós y Baroja (aunque no todos los estudiosos coinciden) y la admiración que despierta Antonio Machado.



Dentro de la generación (llamada "Generación del 55" o del medio siglo) es posible distinguir una tendencia neorrealista y otra social. En la primera la crítica es más velada; posee caracteres humanitarios y puede considerarse como una primera fase de la novela político-social. A esta tendencia pertenecen Ignacio Aldecoa, Fernández Santos, Sánchez Ferlosio, Ana M^a Matute o Carmen Martín Gaité. Los escritores sociales son, entre otros, Caballero Bonald, García Hortelano, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Alfonso Grosso, Juan Marsé...

En cuanto a las técnicas narrativas, dos son los procedimientos que se emplean: el objetivismo (testimonio escueto, sin aparente intervención del autor) y el realismo crítico, que es una denuncia de desigualdades e injusticias desde posturas dialécticas. Por esta línea puede llegarse a una mayor o menor distorsión de la realidad, pues ya no se trata de reproducirla, sino de explicarla, poniendo al descubierto sus mecanismos más profundos, y no sólo reflejar lo aparente (objetivismo). Aquí es decisiva la influencia de los narradores norteamericanos: la crudeza y distorsión de W. Faulkner, el retrato colectivo de J. Dos Passos, la denuncia social de Steinbeck, el dramático descontento de Hemingway...

Temas

Los temas capitales de estos novelistas son la infructuosidad, la soledad social y la guerra como recuerdo y sus consecuencias. Salen a la España de los caminos en busca del pueblo perdido y alguno vuelve a la ciudad para encontrar otra parte del pueblo perdido. Los protagonistas viven su soledad no de un modo individual, sino social: barrios, círculos, grupos... Es una soledad engendrada por la desconexión entre ricos y pobres, trabajo y capital, campo y ciudad, pueblo y Estado. La razón última de esa soledad está en la división de los españoles, recrudescida por la guerra. Ninguno de estos novelistas ha escrito novelas sobre la guerra, pero en sus obras

aparece como referencia, como trasfondo lejano, recuerdo o antecedente. En la temática destaca un desplazamiento de lo individual a lo colectivo: la sociedad española se convierte en tema narrativo.

El tiempo de la acción de estas novelas suele ser la actualidad, como corresponde al común intento de iluminar el presente. El espacio y el tiempo suelen concentrarse para conseguir una historia modélica. Modélico resulta también el personaje, concebido desde supuestos muy maniqueos, poco analizado en su dimensión psicológica.

El estilo se caracteriza por una deliberada pobreza léxica y por una tendencia a recoger los aspectos más superficiales de los registros lingüísticos populares o coloquiales. Pero no podemos decir sin más que estemos ante un estilo descuidado, pues en bastantes obras se muestra un notable interés por lo formal. Estos autores aportaron novedades, pero el contenido en ellos adquiere prioridad y a él se subordinan las técnicas elegidas; se antepone la eficacia de las formas a su belleza; y, desde luego, se rechaza la pura experimentación o el virtuosismo.

Autores

Citaremos a Camilo José Cela, Miguel Delibes, Juan Goytisolo y Rafael Sánchez Ferlosio.

- **Camilo José Cela** publica en 1951 *La Colmena*, retrato fiel de una triste realidad presidida por el sexo, el hambre y el miedo, como tres dioses implacables del Madrid de los cuarenta a través de un nutrido censo de personajes, sin que ninguno posea entidad de protagonista. Cela es el novelista omnisciente que crea y manipula a su antojo seres y situaciones; los personajes se retratan hablando, pero el autor contribuye con palabras propias: no es una actitud conductista; el humor y una ternura soterrada se lo impiden. La novela está en el límite entre lo existencial y lo social, pero como claro precursor de la novela social de los cincuenta, aporta "tres notas estructurales: la concentración del tiempo, la reducción del espacio y la protagonización colectiva", como afirma el crítico Gonzalo Sobejano.
- **Miguel Delibes.** *El camino* (1950), *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953) y *Las Ratas* (1962) son sus principales obras de este periodo; la primera y la tercera, de ambiente rural; la segunda narra las costumbres y la mentalidad de la burguesía provinciana. Caracterizan a Delibes unas dotes excepcionales de narrador, una insuperable capacidad para reflejar tipos y ambientes y un seguro dominio del idioma, que le permite acertar en los más variados registros, sobre todo en la autenticidad del habla popular.
- **Rafael Sánchez Ferlosio.** Su novela más importante es *El Jarama* (1955), considerada como la más clara representante de la narración objetivista. La novela carece de protagonista: se cuenta un día de ocio de unos jóvenes. Posee escaso interés argumental: salvo el triste incidente final, apenas pasa nada: los personajes charlan, se divierten, comen, se aburren...; carece incluso de tema. El autor se limita a transcribir los distintos momentos de aquel día con una precisión desusada. Y todo esto

nos hace entrar en un penoso aunque no siempre bien advertido drama de nuestro tiempo: la alienación de la vida cotidiana, reflejada en la alegre insustancialidad de aquellos jóvenes, su vacío, su vulgaridad. En la novela domina casi por completo el diálogo. En la parte descriptiva aflora un escritor muy cuidadoso que puebla el relato de imágenes y comparaciones.

El Jarama presenta una acertada configuración del personaje colectivo, una técnica de estilo cinematográfico y una transcripción eficaz del lenguaje hablado coloquial, pero bastante elaborado. También destaca la cuidadosa estructuración en la alternancia de dos centros generacionales: las orillas del Jarama y la venta; al final se funden en una (la venta) salvo el episodio de la muerte de Lucita. La obra posee un significado simbólico: la oposición entre el mundo de los jóvenes y el mundo de los adultos, aburguesado y conformista. Los que no se acomodan pierden a uno de ellos (los jóvenes que se quedan en la orilla). También ha sido destacada la condensación del tiempo: toda la novela sucede en dieciséis horas.



- **Juan Goytisolo.** Es el portaestandarte del realismo crítico, pero su evolución le ha llevado hasta una nueva vanguardia narrativa. Citaremos sus principales novelas de este período: *Juegos de Manos*, 1954 (despiadada visión de la juventud burguesa); *Duelo en el Paraíso*, 1955 (sobre unos niños que, influidos por las circunstancias bélicas, juegan a la guerra); *La Resaca*, 1958 y el libro de viajes *Campos de Níjar*, de 1954. *Señas de identidad* (1966) inicia una nueva etapa, más acorde con las tendencias de renovación de los años 60.

